

# Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba

**Oscar Zanetti Lecuona**

*Historiador. Instituto de Historia de Cuba.*

Las dos primeras décadas de existencia de LADHILAC han sido testigos de una paradójica evolución en la historiografía mundial. Iniciadas bajo la impronta científicista del análisis estructural y la cuantificación, están concluyendo en medio de la atmósfera -sin duda pasajera- de un retorno a la historia narrativa enmarcada en los cánones de la posmodernidad.

En Latinoamérica, donde las modas suelen llegar con cierta demora y sufrir pintorescas adaptaciones, la historiografía ha seguido un curso que, si bien no ha sido diferente, exhibe indiscutibles peculiaridades. Pasado el debate en torno a la «dependencia» y los «modos de producción» -en el cual la participación de los historiadores fue relativamente pobre-, el movimiento historiográfico latinoamericano, en algunas de sus manifestaciones más vitales y avanzadas, enrumbó hacia ese territorio de inciertos límites que se ha dado en llamar «historia social».

La complejidad social de la historia latinoamericana presenta una problemática de riqueza extraordinaria. Animados por intereses tan variados y difusos como el propio concepto de «historia social», los investigadores han irrumpido en este campo acumulando resultados de una calidad muy diversa, pero de cuya relevancia testimonian obras como las de Alberto Flores Galindo y María Luisa Marcilio en América Latina, o Walter Rodney y Richard Price en el ámbito caribeño.

Cuba no resulta una excepción en este contexto, si bien el desarrollo de la historia social en la Isla plantea interesantes problemas de inserción dentro de su tradición historiográfica. Las largas décadas de combate por la independencia y la igualmente prolongada lucha posterior contra el dominio norteamericano, hicieron del problema nacional el verdadero eje de la historiografía cubana, de un modo probablemente más acentuado que en otros países de Latinoamérica. Desde José Martín Félix de Arrate hasta Emilio Roig de Leuchsenring, los historiadores cubanos exaltaron los valores de la patria mediante el análisis de los procesos y acontecimientos, casi siempre políticos, que jalaron

\* Ponencia presentada al VI Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), Amealco, Querétaro, México, 30 de mayo al 3 de junio de 1994.

la contienda secular contra los opresores extranjeros. Aunque no faltaron los interesados por el contenido social de dichos procesos, como lo indican los significativos estudios que Don Fernando Ortiz dedicó a la formación de la identidad social y cultural del pueblo cubano, lo cierto es que hasta años relativamente recientes la imagen de la historia de Cuba ha estado esencialmente modelada por la historiografía política.

El triunfo de la Revolución en 1959 tuvo para la creación historiográfica -como en tantos otros órdenes- muy notables implicaciones. Expresión exitosa de la voluntad de afirmación nacional, la Revolución develaba también un vasto contenido social y comportaba una ideología entre cuyos fundamentos se hallaba toda una teoría científica del desarrollo de la sociedad -el marxismo. Afianzada en su tradición nacionalista, la historiografía se vio, al mismo tiempo, impelida a una reconsideración del pasado cubano en términos mucho más amplios y sobre nuevas bases metodológicas.

En una primera fase -los años sesenta- el quehacer historiográfico se materializó sobre todo en síntesis generales o parciales que, aprovechando el material factual heredado, se proponían una reinterpretación de la historia nacional. La introducción de categorías analíticas marxistas apuntaba hacia una remodelación de la imagen del pasado, pero las insuficiencias de su base empírica y una asimilación en ocasiones dogmática del aparato conceptual, dio lugar a algunas obras de acentuado esquematismo. No sería sino hasta finales de esa década que comenzarían a percibirse las primeras evidencias relativamente maduras de un profundo movimiento renovador.

El estudio de los procesos económicos ocupó entonces, como es fácil comprender, un lugar preferente. La existencia de algunos notables antecedentes en este campo, junto a la frecuencia y calidad de las obras publicadas, posibilitaron la rápida consolidación de la historia económica como una disciplina especializada. Pero la historiografía económica cubana no ha revestido la especificidad analítica y conceptual que caracteriza a las tendencias contemporáneas en esta esfera. Sus trabajos más sobresalientes dedican, por lo general, amplio espacio a la consideración de los procesos sociales imbricados en los fenómenos económicos, de modo tal que han realizado aportes muy significativos al conocimiento de la historia de la sociedad.

Los primeros frutos de lo que en un sentido más estricto podría considerarse como una historiografía social comienzan a producirse también a finales de los 60 y se propagan en las décadas subsiguientes en un amplio espectro temático. Lo variado de esta producción, así como la propia indeterminación del

objeto de la historia social, hacen aconsejable examinarla agrupándola en grandes áreas, siguiendo la línea que perfiló Eric Hobsbawm en su artículo ya «clásico» de 1971, que tan señalado aporte realizó a la sistematización de esta esfera de los estudios históricos.<sup>1</sup>

## Historia de la población

País de inmigración y, aún más, de esclavitud, los problemas de población han despertado siempre el interés de los estudiosos de la historia de Cuba. Sin embargo, rara vez los fenómenos histórico-demográficos habían sido objeto de análisis específico, sino que se les consideraba en el contexto de indagaciones más amplias y generalizadoras. La historia demográfica cubana es así resultado del quehacer de las décadas recientes, y su aparición se asocia íntimamente a la obra de Juan Pérez de la Riva.

Las migraciones y, particularmente, los movimientos inmigratorios han tenido la primacía en este terreno, tanto por su importancia como factor del crecimiento de la población, como desde el punto de vista de la composición sobre todo étnica- de ésta y de la formación de su identidad cultural.

La trata esclavista, forma fundamental de la inmigración forzada ha recibido la atención que amerita su trascendencia histórica. La cuestión del monto de los esclavos introducidos fue replanteada de modo crítico por Pérez de la Riva, quien aportó sus propios estimados basados en las técnicas del análisis demográfico, los que han sido corregidos posteriormente por otros historiadores a la luz de nuevas fuentes y publicaciones internacionales sobre este tema.<sup>2</sup> Desde otro ángulo, José Luciano Franco desarrolló un estudio histórico general sobre el siniestro tráfico negrero, fijando su atención en los factores involucrados en dicho comercio, sus procedimientos y nexos con la política colonial, así como su condicionamiento internacional.<sup>3</sup> Una investigación recientemente concluida sobre el mercado de esclavos cubano, basada en el análisis estadístico de miles de transacciones, aporta nueva luz sobre la composición y otras importantes características demográficas de la población esclava.<sup>4</sup> Los culíes chinos, corriente migratoria igualmente forzada de gran importancia a mediados del siglo XIX, ha sido también objeto de diversos estudios, entre los que se cuenta una voluminosa monografía de Pérez de la Riva, de la cual sólo han visto la luz algunos capítulos y secciones.<sup>5</sup>

Numerosos investigadores han dedicado su atención a otra corriente migratoria de importancia capital: la española. En el plano estrictamente histórico-demográfico aparecen dos trabajos, también pioneros, de Pérez de la Riva, que analizan el fenómeno en la

encrucijada de los siglos XIX y XX, labor que ha tenido distintos continuadores, algunos de ellos alentados por el impulso que dieran a este tema las actividades conmemorativas del V Centenario. Se han realizado así esfuerzos por esclarecer el volumen -difícil de precisar- de la inmigración española en los primeros siglos coloniales, pero la atención se ha concentrado sobre todo en el período de la inmigración masiva (1880-1930), cuyos efectivos parecen haber quedado bien establecidos mediante el análisis crítico de las fuentes españolas y cubanas. Algunos investigadores se han interesado por la composición de la corriente migratoria hispana, intentando determinar la contribución a ésta de distintas regiones de la Península, mientras que otros han examinado los factores condicionantes y las modalidades de la inmigración, como es el caso del reciente estudio de Moreno Fragnals sobre el papel de los contingentes militares como vehículo migratorio durante las guerras de independencia.<sup>6</sup>

La inmigración de braceros antillanos, decisiva para el crecimiento azucarero de las primeras décadas del presente siglo, ha sido igualmente objeto de diferentes pesquisas, entre las cuales debe destacarse, nuevamente, una de Pérez de la Riva, «Cuba y la inmigración antillana», verdadero clásico en su género, no sólo por el virtuosismo con que elabora los aspectos demográficos de esta corriente migratoria, sino por la profunda y esclarecedora consideración de sus determinantes y de sus implicaciones socio culturales. Problemas tales como los efectos de esta inmigración sobre los salarios, los intereses que se movieron en torno a su desarrollo, así como sus consecuencias culturales, han sido igualmente atendidos, incluyendo indagaciones sobre la política y las regulaciones migratorias.<sup>7</sup>

Corrientes menores como la de los franceses durante la revolución haitiana, yucatecos, japoneses, indostanos y los propios colonos norteamericanos han captado la atención de historiadores y otros científicos sociales, tanto desde el punto de vista histórico-demográfico como antropológico.<sup>8</sup> Por todo ello puede afirmarse que prácticamente ninguna corriente migratoria significativa ha permanecido ignorada en las décadas recientes. El tema, sin embargo, dista de estar agotado, y espera tanto por monografías más exhaustivas como por un esfuerzo de síntesis que establezca en toda su dimensión histórica el papel de los componentes inmigratorios en la formación del pueblo cubano.

El tema central de la demografía histórica -el régimen de población y la evolución de los patrones demográficos- ha sido, sin embargo, menos atendido. Aunque las estadísticas vitales del período republicano resultan muy poco confiables y algunos registros parroquiales han desaparecido, la investigación ha

permanecido por debajo de las posibilidades que brindan las fuentes. Se registran muy escasos trabajos dedicados a definir el antiguo régimen demográfico a partir de la información de los registros parroquiales, y el único -que conozcamos- que aplicó el procedimiento de reconstrucción de familias ha permanecido inédito. En los últimos años, los investigadores han acudido a los registros para establecer el peso del factor inmigratorio en los siglos coloniales tempranos, así como algunas pautas del comportamiento familiar, pero importantes rasgos del régimen demográfico de ese período -dimensión de la familia, edades medias del matrimonio, patrones de mortalidad, etc.- permanecen virtualmente ignorados.<sup>9</sup>

Los cambios en el régimen demográfico han despertado mayor atención entre los demógrafos, con trabajos que generalmente se enmarcan entre la segunda mitad del siglo pasado y la primera del presente, los cuales se basan, por lo general, en la crítica de las estadísticas vitales disponibles y la construcción de estimados mediante técnicas del análisis demográfico. El creciente interés de los demógrafos -una comunidad científica ya consolidada en el país- por los problemas históricos de la población y su acercamiento al trabajo de los historiadores prometen mayores frutos en este terreno.<sup>10</sup> Similares expectativas despierta el actual desarrollo de la historiografía regional y local, algunos de cuyos cultivadores han comenzado a aproximarse a los archivos parroquiales para lograr una más completa comprensión de sus objetos de estudio, aunque aún no muestren el dominio de la metodología apropiada para su mejor explotación.

Los problemas del *poblamiento* y el *habitat* han sido objeto de un tratamiento muy desigual. La historia de la distribución física de la población vinculada con la explotación del medio geográfico está todavía en pañales. Un ambicioso proyecto de Pérez de la Riva en este sentido quedó trunco en una fase temprana de realización.

Aunque la idea ha despertado interés, no se perciben esfuerzos que acusen la comprensión de esta problemática de un modo totalizador.<sup>11</sup> Claro está que el desarrollo de la historiografía regional ha ido acumulando un importante material en este terreno, pero se requiere de propuestas capaces de articularlos y proyectarlos en una más vasta perspectiva.

Los estudios sobre el *habitat*, aunque todavía incipientes, permiten percibir la promisoriosa gestación de una historiografía urbana. Resultado de la confluencia de arquitectos, historiadores y algún que otro geógrafo, estos trabajos han tenido a la ciudad de La Habana como tema preferente, pero no han descuidado enteramente las ciudades y poblados del interior. Aunque en algunos de ellos se aprecia un

comprensible acento en los tipos arquitectónicos y otras cuestiones estéticas, el análisis históricossocial ocupa siempre un amplio espacio.<sup>12</sup> Existen algunos estudios -en su mayoría tesis universitarias inéditas- sobre el habitat rural, entre los cuales predominan los análisis de sus peculiaridades en asociación con la producción azucarera -los *bateyes* de ingenio-, si bien el tema no recibe todavía la atención que merece.<sup>13</sup>

## Estructuras, clases y grupos sociales

Verdadero corazón de la historia social, el estudio de las estructuras sociales registra un desarrollo más consistente, no sólo por el volumen, sino también por la calidad de las contribuciones. Los problemas de las *estructuras sociales* son aludidos con mayor o menor penetración en muchas obras, aunque los esfuerzos sistematizados resultan todavía escasos. Los mayores avances se han registrado en el estudio de la estructura de la sociedad capitalista, tomando como base estadísticas censales y otras fuentes de datos masivos; pero el trabajo de mayor aliento entre los realizados hasta el presente -debido a Jorge Ibarra- permanece todavía inédito.<sup>14</sup> En la época en que predominan las relaciones esclavistas, donde las diferencias económicas se entrelazan con las raciales y legales para conformar un abigarrado cuadro estructural, hay realmente mucho por hacer y se requiere de un notable esfuerzo tanto en el plano empírico como en el teórico.

Bastante más numerosos son los estudios sobre *clases sociales*. La clase dominante en la colonia esclavista -terratenientes, burguesía esclavista o sacarocracia, entre otras denominaciones al uso- permanece aún pendiente de esclarecimiento conceptual, pero se ha progresado sensiblemente en la definición de sus rasgos económicos, identidad social y proyecciones políticas e ideológicas.<sup>15</sup> Los estudios sobre la condición social del esclavo y las formas de esclavitud se presentan, en cambio, mucho más fragmentados, no obstante el impulso que recibieran en ocasión de conmemorarse el centenario de la abolición de la esclavitud.<sup>16</sup> La situación del campesinado y las capas medias de las ciudades en esta época apenas ha sido explorada, si se exceptúa la notable contribución de Pedro Deschamps al conocimiento de la pequeña burguesía urbana negra que, entrelazada con breves estudios de Pérez de la Riva sobre los culíes y otros grupos preteridos de la sociedad esclavista, ofrecen un vívido -y, en ocasiones, patético- testimonio de la trayectoria histórico-social de esta «gente sin historia».<sup>17</sup>

Un buen número de autores -Jorge Ibarra, Alejandro García, Oscar Zanetti y Francisco López Segrera, entre otros- han desarrollado indagaciones sobre las clases sociales en la república neocolonial.<sup>18</sup>

Las características de diversos sectores de la burguesía, las proyecciones de esta clase ante problemas económicos y políticos e incluso sus peculiaridades regionales, se han dado a conocer como resultado de algunos de sus trabajos.<sup>19</sup> Pese a todo, queda aún bastante por hacer para establecer la identidad social de esta burguesía y esclarecer los fundamentos de su conducta.

El proletariado ha sido el conglomerado social más tratado en las últimas décadas. Los estudios sobre temas obreros contaban con una cierta tradición, sobre todo en la obra de José Rivero Muñiz, y recibieron un lógico impulso en el marco de una revolución socialista. Pero, conviene advertirlo, lo que realmente se ha trabajado es el movimiento obrero, sus avances organizativos, sus luchas, sus proyecciones políticas y tendencias ideológicas, por lo que hasta el momento han resultado comparativamente pobres los estudios del proletariado como clase social. Muy poco se sabe de la estructura de la clase obrera, su distribución sectorial, la evolución de sus condiciones de vida, sus peculiaridades culturales y psicológicas, etc.<sup>20</sup> Las autobiografías obreras y otras publicaciones de carácter testimonial, que recibieron un notable impulso como resultado de su promoción por los sindicatos y otras instituciones, no han logrado compensar ese desbalance, pues aún entre ellas ha sido muy acentuada la tendencia a enfatizar las luchas sindicales.<sup>21</sup> El predominio de un claro reduccionismo político en el análisis histórico del proletariado alcanzarla su clímax en la década de 1970, cuando las ciencias sociales cubanas enfrentaron una corriente dogmatizadora que, obsesada por la demostración de las «regularidades del socialismo», exageró el papel de la clase obrera en la historia nacional, intentando conceder a esta un protagonismo que en ocasiones no desempeñó. En años más recientes se ha ido perfilando una tendencia hacia el ensanchamiento de la perspectiva que ya empieza a arrojar sus frutos.<sup>22</sup>

Los trabajos sobre otras clases sociales resultan más escasos. El campesinado se halla prácticamente huérfano de estudios; apenas unos pocos títulos sobre las luchas campesinas y algunas aproximaciones a las peculiaridades socioeconómicas de esta clase -generalmente dispersas en artículos de revistas- es todo lo que puede encontrar quien se interese por tan importante asunto.<sup>23</sup> Un cuadro similar presentan las pesquisas sobre las capas medias urbanas, prácticamente abandonadas con excepción del sector estudiantil. Sobre este último tema si se han publicado algunos títulos relevantes, pero aquí -como en el caso del proletariado- el énfasis se ha puesto también en los aspectos organizativos y políticos.<sup>24</sup>

La estratificación étnica y, en particular, el problema de la condición social del negro en las diversas etapas

de la historia cubana -materia de larga tradición historiográfica- han tenido sus cultivadores en años recientes, si bien la mayoría de éstos han privilegiado los aspectos antropológicos del problema. Se deja sentir, sin embargo, la escasez de estudios sobre la proyección social del negro, sobre sus motivaciones y expectativas al integrarse en los grandes movimientos nacionales y otras peculiaridades de su desarrollo social. En este sentido, la pujanza de una ideología igualitaria y antirracista ha contribuido, paradójicamente, a obviar el estudio de asuntos de gran importancia para la comprensión de las modalidades de participación del negro en el proceso de formación nacional.<sup>25</sup>

La historia de la mujer, de tan notable auge en las últimas décadas en Cuba, ha carecido de un desarrollo equivalente. No es que falten estudios, pero éstos se han encaminado a destacar el protagonismo femenino en los grandes procesos de nuestra historia, predominando incluso el género biográfico. Aliado de esta literatura relativamente nutrida, son muy escasos los trabajos dedicados al papel de la mujer en la vida social y la familia, a la cuestión de la condición femenina o, aún más, a los movimientos feministas, temas en los cuales las realizaciones más sobresalientes se deben a investigadoras extranjeras.<sup>26</sup> En los años más recientes se aprecia una tendencia renovadora, tanto por la realización de algunas conferencias y reuniones sobre aspectos poco investigados de este asunto, como por la formulación de proyectos animados por una más amplia concepción de los problemas, pero en todo caso, los frutos de estos esfuerzos aún están por venir.

Salta a la vista que las publicaciones sobre estructuras y agrupamientos sociales no han sido escasas, pero se han producido de manera dispersa y con muy desigual distribución temática. Cualquier progreso ulterior en este terreno requiere de una mayor coherencia y sistematicidad, sin dejar de lado la necesidad de incorporar nuevos conceptos y técnicas de trabajo.

### Las mentalidades colectivas

Sin duda, el sector menos desarrollado dentro de la historiografía social cubana es el de las mentalidades. No le faltan antecedentes ni en el prolongado debate científico sobre el «carácter cubano», ni en obras tan relevantes y singulares como la maravillosa *Historia de una pelea cubana contra los demonios* de Don Fernando Ortiz.

Sin embargo, solo un trabajo, debido a Jorge Ibarra, se ha propuesto abarcar con cierta amplitud este problema en las primeras décadas republicanas siguiendo los patrones de la «histoire des mentalités».<sup>27</sup> Los restantes esfuerzos se enmarcan en áreas específicas, como las creencias populares y los fenómenos asociados a éstas, una cuestión que, sobre todo en los cultos de

matriz africana, resulta un tema ya consagrado dentro de las ciencias sociales cubanas.<sup>28</sup> Por contraste, en el estudio de las religiones fuertemente estructuradas, como el catolicismo y las diversas denominaciones protestantes, el enfoque institucional ha predominado sobre el análisis ideológico y el estudio de las especificidades de su religiosidad.<sup>29</sup>

La cultura popular, natural objeto de estudios multidisciplinarios, registra algunos acercamientos de perfil histórico, particularmente en los análisis de fiestas populares tradicionales cuyas raíces han sido rastreadas bien atrás en el tiempo.<sup>30</sup> Desde otro ángulo, no es posible pasar por alto la original indagación de Reynaldo González sobre las radionovelas y su impacto en la cultura popular de las décadas de los 40 y los 50.<sup>31</sup> Las pesquisas en este campo se desplazan hacia el amplísimo espectro de la historia cultural, examinando tanto las características generales de la cultura cubana en etapas específicas de su desarrollo, como su componentes formativos o los movimientos socioculturales, para terminar por adentrarse en el ámbito, francamente diferenciado, de la historia intelectual.<sup>32</sup>

Aunque no puede afirmarse que la historia de las mentalidades colectivas constituya terreno completamente virgen, quedan amplios sectores por explorar -y explotar para una mejor comprensión de las ideas populares sobre el mundo natural y sobrenatural, de los fundamentos subjetivos de práctica y actitudes, así como de otros muchos problemas cuya dilucidación tiene importancia vital si se pretende discernir y explicar de un modo más profundo los factores de la identidad nacional.

### Movimientos y conflictos sociales

He aquí un área cuyos imprecisos límites suelen entremezclarse con la historia política. Su importancia, qué duda cabe, es inmensa, pues en ella se expresa, muchas veces con intenso dramatismo, la dinámica de la estructura social, el comportamiento de sus clases y grupos. Desde las formas más imperceptibles de resistencia hasta las revueltas y las llamadas patologías sociales, los fenómenos que se registran en esta esfera suelen sacar a la superficie -y plasmar en las fuentes-sentimientos, convicciones y actitudes de la gente común que en otros ámbitos escapan al historiador.

La historiografía social cubana presenta en este sector tanto temas muy bien establecidos, como otros prácticamente ignorados. Entre los primeros figura en posición prominente la problemática de la resistencia y rebeldía de los esclavos. Este es un asunto cuya entidad historiográfica cubana -sin desconocer antecedentes- debe, sobre todo, a la labor pionera de José Luciano

Franco.<sup>33</sup> Estudios posteriores han explorado la variada gama de manifestaciones de la resistencia esclava, aunque sus formas pasivas rotura de instrumentos, abandono del trabajo, suicidios, etc.- han sido menos trabajadas que las activas, las cuales incluyen tanto los distintos tipos de cimarronaje, como el apalencamiento y las rebeliones.<sup>34</sup>

El bandolerismo, asociado o no a fenómenos de resistencia social, es un asunto de larga data en la historia cubana. Considerado por algunos autores como un fenómeno endémico del siglo XIX, el bandolerismo rural, sobre todo en sus manifestaciones más agudas durante la década de 1880, ocupó la atención de autores contemporáneos y animó algún que otro trabajo posterior. Sentados tales precedentes, sorprende un tanto que la relevancia alcanzada por el tema del «bandidismo social» en la historiografía internacional haya tenido escasa repercusión entre los historiadores cubanos. Unos pocos artículos dispersos en las revistas especializadas y algunos trabajos presentados en reuniones de historia regional -los cuales se mantienen casi todos inéditos- es la magra cosecha del rastreo bibliográfico de un tema interesante, sobre el cual las contribuciones más amplias y significativas se deben a autores extranjeros.<sup>35</sup> Otras importantes manifestaciones de este fenómeno como el «gansterismo», esa suerte de bandolerismo urbano que en la década de 1940 devino una plaga y mantuvo significativas conexiones políticas, se mantienen vírgenes en cuanto a publicaciones, aunque no en la investigación.<sup>36</sup> El problema del bandidismo como expresión asociada a una resistencia contrarrevolucionaria entre los años 1960 y 1965, en cambio, sí ha producido un cierto número de trabajos, tanto monografías históricas como literatura de corte testimonial.

Buena parte de la bibliografía histórica generada por el estudio de los movimientos sociales ya ha sido referida en páginas anteriores, al examinarse los trabajos realizados sobre el proletariado, los campesinos e, incluso, el propio movimiento estudiantil. Pero, en general, estos fenómenos han sido investigados una vez que alcanzan cierto grado de organicidad y permanecen virtualmente ignoradas sus muy diversas e interesantes manifestaciones embrionarias.

## **Balance y reflexión**

La revisión temática muy rápidamente realizada en estas páginas podría extenderse más e incluir asuntos que, como el modo de vida, por ejemplo, apenas han sido aludidos, pese a contar con una incipiente literatura. Una búsqueda apresurada en territorio de contornos tan imprecisos, seguramente nos ha llevado también a ignorar cierto número de aportes, particularmente en

el caso de colegas cuyos esfuerzos no han conseguido plasmarse en letra impresa, algo lamentablemente muy común en los últimos años. Olvidos o desconocimiento implican sin duda un margen de error para estas apreciaciones, pero no al extremo de invalidar conclusiones de por sí evidentes.

La historiografía social cubana ha logrado un ostensible progreso en las últimas décadas, sobre todo si se tiene en cuenta su menguado punto de partida. Se trata, sin embargo, de un avance irregular que, si bien ha conseguido penetrar con profundidad en ciertos problemas, apenas bordea otros de enorme importancia. La dispersión del quehacer investigativo es, así mismo, notoria, y evidencia una falta de sistematización, que constituye quizás la nota dominante en nuestros estudios de historia social.

Existen sin duda problemas en la incorporación de métodos apropiados a los objetos de investigación. Las técnicas de historia oral, notablemente difundidas en estos años, se han aplicado sobre todo al análisis de los procesos objetivos, como un recurso informativo más aunque, en ocasiones, único- para el establecimiento de los hechos. Su utilización con el propósito de precisar el perfil psicosocial de los protagonistas comunes del acontecer histórico, para conocer el mundo de sus representaciones y las motivaciones de sus conductas, ha sido realmente escasa, principalmente entre los historiadores.<sup>37</sup> Resultan igualmente exigüos los estudios de la cultura material -salvo los empeños, ya mencionados, de algunos arquitectos interesados en la historia de la vivienda y el urbanismo- que tanto pueden decir sobre los cambios en la vida de los hombres mediante el análisis de sus artefactos, de la manufactura, forma y funciones de éstos, relacionándolos con las clases y grupos sociales que los crearon y emplearon.

Muchas de estas limitaciones metodológicas podrán superarse, en la medida en que se haga más frecuente el intercambio -y el trabajo en común- de los historiadores con antropólogos, lingüistas, demógrafos y sociólogos; sin que quepa esperar de esas disciplinas afines los elementos claves para una indagación que debe responder a la óptica totalizadora y la naturaleza dinámica de la historia. La asimilación de nuevos métodos habrá de contribuir también a la ampliación de la perspectiva acerca de las posibilidades de las fuentes, animando a la explotación de recursos informativos hasta ahora virtualmente ignorados.

El desarrollo coherente y multilateral de la historiografía social en Cuba es hoy una urgente necesidad, porque su variada y rica problemática puede introducir un aire renovador y vivifican te en las relaciones entre los historiadores y el público lector, logrando una mejor sintonía con los intereses y preocupaciones de las nuevas generaciones; algo que

difícilmente podría conseguirse sólo con el mejoramiento -también necesario- de los recursos expositivos. Esta nos parece una alternativa eficaz ante las propuestas de una historiografía narrativa, pretendidamente desideologizada, que al renunciar a la formulación de las bases teóricas de su análisis termina, con harta frecuencia, por construir imágenes simplistas que en la práctica constituyen un retorno al positivismo.

Pero, cabalmente entendida como una historia de la sociedad, la historia social es mucho más que el planteo de nuevos objetos de investigación, como pueden serlo la recuperación de la cotidianidad o de la dimensión subjetiva de los procesos. Resulta, sobre todo, una búsqueda de nuevas y mejores soluciones para la explicación de la realidad histórica, un esfuerzo transformador del discurso, tanto más necesario tras el hundimiento trágico, pero inevitable, de las formas catequísticas, doctrinarias, de un marxismo desnaturalizado. Y es que sólo reconociendo esa realidad en la plenitud de sus complejidades, puede abrirse paso a una reconstrucción teórica que ya resulta impostergable.

La cuestión del entronque de la historia social en las tradiciones historiográficas cubanas debe considerarse precisamente bajo este prisma. La historia social aporta, en primer término, una beneficiosa diversificación temática a la historiografía de Cuba, aunque algunos de los asuntos que introduce pudieran estimarse, por una apreciación superficial o pragmática, como una derivación hacia lo intrascendente. Pero una vez más el *quid* reside en la naturaleza de los problemas, en el sentido de su indagación. Los cambios en los hábitos alimentarios o las actitudes ante la muerte, podrían parecer trivialidades ante la historia de los «grandes hechos». Pero no lo son en modo alguno si el proceso a dilucidar es la gestación de un pueblo, donde la formación de su carácter, sus hábitos de vida y los factores de su idiosincrasia se inscriben junto a los magnos eventos de su epopeya.

La historia social no entraña, por tanto, una discontinuidad con la tradición nacionalista de la historiografía cubana, cuyo precioso legado debe conservarse. Corresponde a los historiadores, sin duda, contribuir al desarrollo de la conciencia nacional, pero no con discursos, tanto menos efectivos cuanto más ideologizados, sino con el análisis profundo de los movimientos sociales que han sustentado la existencia misma de la nación.

Hoy, cuando en las postrimerías de este siglo convulso ciertas tendencias globalizadoras parecen encubrir formas más sofisticadas de dominación, la historiografía social resulta en Cuba, más que provechosa, imprescindible, para la preservación de la identidad nacional.

## Notas

1. A modo de ejemplo pueden verse: M. Moreno Friginals, *El ingenio*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978; J. Rivero Muñoz, *Tabaco; su historia en Cuba*, La Habana, 1965; O. Zanetti y A. García, *United Fruit Co.; un caso del dominio imperialista en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976; J. Le Riverend, *Problemas de la formación agraria de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1992; O. Zanetti y A. García, *Caminos para el azúcar*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
2. E. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, 100, 1971, pp. 20-45. Hay diversas versiones en español.
3. J. Pérez de la Riva, *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, y «El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana), año 65, no. 1, enero-abril, 1974. Indagaciones recientes de Gloria García y Mercedes García han ofrecido elementos de corrección de los estimados para el siglo XVIII, así como para etapas posteriores. Entre los autores extranjeros cuyas obras han tenido mayor impacto en estas reevaluaciones deben mencionarse Philip Curtin y David Eltis.
4. J. L. Franco, *Comercio clandestino de esclavos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
5. L. Bergard, M. del C. Barcia y F. Iglesias, *El mercado de esclavos en Cuba*, (en proceso editorial).
6. «Demografía de los culíes chinos en Cuba. Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba, 1853-1874», y «La situación legal del culí en Cuba», compilados todos en *El barracón y otros ensayos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. Véase también J. Jiménez Pastrana, *Los chinos en la historia de Cuba*. Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
7. J. Pérez de la Riva, «La población de Cuba, la guerra de Independencia y la inmigración del siglo XX» *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 62, no. 2, mayo-agosto, 1971, y «Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad», en *Anuario de Estudios Cubanos* 1, La Habana, 1975. Entre los trabajos sobre inmigración en la colonia temprana destaca I. Romero y A. de la Fuente «La inmigración en La Habana (1585-1645)», *La Rábida* (Huelva), no. 8, 1990. Fe Iglesias ha estudiado la inmigración masiva en «Características de la emigración española a Cuba. 1904-193», *Economía y Desarrollo* (La Habana), no 2, 1988, y en «El movimiento de pasajeros entre España y Cuba 1882-1903» (inédito), asunto al cual también han dedicado esfuerzos D. González, «La inmigración española en Cuba», *Economía y Desarrollo*, (La Habana) no 1, 1998, y S. Catasús en *La emigración a Cuba entre 1900 y 1950*, La Habana, 1971. Entre los estudios sobre los aportes migratorios regionales pueden citarse C. Alonso, «Estudio de la inmigración asturiana a Cuba a través de un pilotaje», *Boletín del Archivo Nacional* (La Habana), no. 6, 1991; J. Guanche, *El aporte canario a la formación étnica de Cuba*, La Habana, 1991, y N. Peraza, «Esclavos gallegos en Cuba». *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, no. 2, 1980. *Guerra, inmigración y muerte. El ejército español en Cuba como vía migratoria*, de M. Moreno Friginals y J. J. Moreno Masó fue publicada por el Archivo de Indianos (Ed. Júcar) en 1993.
8. J. Pérez de la Riva, «Cuba y la inmigración antillana», *Anuario de Estudios Cubanos* 2, La Habana, 1979; R. Álvarez, *Azúcar e inmigración 1900-1940*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1988; J. Ibarra, «La inmigración antillana ¿desproletarización del proletariado cubano...?», *IV Encuentro de historiadores latinoamericanos y del Caribe*, Bayamo, 1983; O. Zanetti, «Actitudes e intereses en torno a la

Oscar Zanetti Lecuona

inmigración antillana», *Conference on Migration and Cultural Contacts in the Caribbean*, Barbados, 1984. Entre los diversos estudios etnodemográficos sobre comunidades haitianas, el más reciente es de J. Guanche, *Caidije*, Ed. de Ciencias Sociales, 1990.

9. J. Berenguer Cala, *La inmigración francesa en la jurisdicción de Cuba*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1980; J. Pérez de la Riva, «La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto», en *El barracón...*, ed. cit.; R. López Valdés, «La inmigración indostana a Cuba», Santiago (Santiago de Cuba), no. 25, 1977; J. Sarusky, «Los fantasmas de Omaja», *Unión*, La Habana, 1986.

10. El primer estudio poblacional sobre la base de los registros parroquiales se debió a un historiador francés, Guy Bourdú, quien trabajó los registros de Santa María del Rosario por el método agregativo y publicó sus resultados en «Fuentes y métodos de la historia demográfica en Cuba», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 65, no. 1, enero-abril, 1974. Investigadores de la Universidad de La Habana trabajaron los libros de la parroquia de El Cano por el método nominativo, pero no publicaron sus resultados. Recientemente Jesús Guanche investigó en archivos parroquiales para profundizar en el conocimiento de la inmigración, *Contribución al estudio etnográfico de la inmigración hispana. Libros bautismales de blancos en el archivo parroquial de San Isidoro de Holguín*, CIDMUC, La Habana, 1989, y *Presencia canaria en tres archivos parroquiales de la Ciudad de La Habana*, CIDMUC, La Habana, 1989 y A. de la Fuente empleó estos recursos informativos en «Los matrimonios de esclavos en La Habana 1585-1645» (ponencia presentada a las Jornadas de la Ciudad de La Habana, 1990) y con un propósito más abarcador en «¿Decadencia o crecimiento? Población y economía en Cuba, 1530-1700», *Arbor* (Madrid), no. 547-548, julio-agosto, 1991.

11. R. Hernández Castellón, *La revolución demográfica en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988; O. Ramos, *Cuatro etapas de la transición demográfica en Cuba*, Instituto de Investigaciones Estadísticas, La Habana, 1993; J. C. Alfonso, *Bases institucionales del cambio de la fecundidad; el caso de Cuba*, Instituto de Investigaciones Estadísticas, La Habana, 1992. Un proyecto de investigación en curso, *La población de Cuba. 1862-1930*, agrupa un equipo de historiadores y demógrafos con prometedoras perspectivas.

12. El proyecto se denominaba «La conquista del espacio cubano»; algunas de sus ideas básicas pueden encontrarse en el conversatorio que con ese título fue publicado por *Universidad de La Habana*, no. 207, 1978, y en dos trabajos publicados en A. del Valle Hernández, *Sucinta noticia de la situación presente de esta colonia. 1800*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977. Entre los trabajos orientados de un modo u otro en esta línea, cabe mencionar, de Roberto Segre, *Las estructuras territoriales y urbanas de Cuba*, ISPJAE, La Habana, 1978.

13. C. Venegas, *Dos etapas en la colonización y la expansión urbana*, Ed. Política, La Habana, 1979, y *La urbanización de las murallas*, Letras Cubanas, La Habana, 1990. También en el plano urbanístico pueden verse C. Gavira, «La configuración del espacio colonial urbano», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 73, nos. 1-2, 1974, y F. Chateloín, *La Habana de Tacón*, Letras Cubanas, La Habana, 1989; Ll. Llanes, *La transformación de La Habana en su arquitectura 1880-1921*, Letras Cubanas, La Habana, 1993, y el excelente número -340- de la revista *Arquitectura/Cuba* dedicado a La Habana. Un buen ejemplo de esfuerzos sobre ciudades del interior lo constituye *Matanzas: desarrollo económico y demográfico*, Ed. Estadística, La Habana, 1993. Entre los estudios sobre la vivienda y el habitat cabe destacar los de R. Segre, *La vivienda. República y Revolución*, La Habana, 1985, y E. Álvarez Tabío, *Vida,*

*mansión y muerte de la burguesía cubana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

14. J. Pérez de la Riva, «El barracón de ingenio en la época esclavista», en *El barracón...*, ed. cit., y A. Diembiez «Poblamiento post-azucarero en Cuba», *Economía y Desarrollo* (La Habana), no. 34, 1976.

15. J. Ibarra, *Estructura social de Cuba republicana* (inédito), Academia de Ciencias, 1986. Análisis más breves presentan F. Iglesias en «Población y clases sociales en la segunda mitad del siglo XIX», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 74, no. 2, 1983, y O. Zanetti, «Las clases de la sociedad cubana en vísperas de la Revolución», *Arbor* (Madrid) no. 567, 1993.

16. A los aportes de Moreno Friginals en su ya citado *El Ingenio* y en otros trabajos posteriores como «El Conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla», *Revolución y Cultura* no. 2, 1988, deben sumarse los realizados por M. del Carmen Barcia en *Burguesía esclavista y abolición*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1987; «La ley de Represión del Tráfico de Negros, los intereses de la burguesía esclavista de Cuba y la política del gobierno español», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 2, 1988, y otros artículos, así como E. Torres-Cuevas y E. Reyes, *Esclavitud y sociedad*, Ed. de Ciencias Sociales, 1986.

17. La mayor parte de estos trabajos aparecieron en un número especial de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, no. 3, 1980, Y en dos compilaciones publicadas por la Academia de Ciencias de Cuba bajo los títulos *La esclavitud en Cuba*, La Habana, 1986, y *Temas acerca de la esclavitud*, La Habana, 1988, los cuales recogen también otras contribuciones sobre la cuestión esclavista.

18. P. Deschamps Chapeaux, «El negro en la economía habanera del siglo XIX», *Unión*, La Habana, 1971 y P. Deschamps y J. Pérez de la Riva, *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

19. J. Ibarra, *Cuba 1898-1921; partidos políticos y clases sociales*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, aporta una caracterización de las clases en las primeras décadas republicanas, así como de los efectos que sobre la fisonomía y conducta de éstas tuvo la penetración imperialista.

20. A. García, *La gran burguesía comercial en Cuba (1899-1920)*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990; F. López Segrera, «Raíces históricas de la Revolución Cubana», *Unión*, La Habana, 1980; O. Zanetti, *Los cautivos de la reciprocidad. La burguesía cubana y la dependencia comercial*, ENSPES, La Habana, 1989; R. Duharte y R. de los Reyes, *La burguesía santiaguera (1940-1950)*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1983; M. A. Márquez, «Intereses y contradicciones de clase en torno al problema arancelario cubano (1920-1927)», *Santiago*, no. 72, 1989, así como la tesis aún inédita de la misma autora sobre la burguesía industrial no azucarera en las décadas de 1940 y 1950.

21. Mientras en los últimos ocho años se han defendido más de una docena de tesis doctorales sobre diversos aspectos del movimiento obrero, sólo una, M. C. Pacheco, *Análisis de los cambios en la estructura de la clase obrera cubana 1959-1961*, aborda la cuestión en un plano estrictamente socioclasista.

22. Véanse, entre otras: *Los obreros hacen y escriben su historia*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; A. Núñez Machín, *Memoria amarga del azúcar*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; U. Rojas, *Luchas obreras en el central «Tacajón»*, Ed. Política, La Habana, 1978; *Memorias de un viejo mundo azucarero*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

23. La secuencia ininterrumpida de los trabajos sobre movimiento obrero con un perfil esencialmente político, tuvo su culminación en la publicación en 1985 de la *Historia del movimiento obrero cubano del*

- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista, obra cuya pretensión totalizadora ponía al desnudo la estrechez de su enfoque. Los estudios sociales sobre el proletariado tuvieron un buen punto de partida con *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, La Habana, Arte y Literatura 1974, de Carlos del Toro, y encontraron continuidad en trabajos como los de E. Trimiño, «La clase obrera en vísperas de la Revolución», *Islas* (Santa Clara), no. 54, 1976; S. Chantez, «Condiciones de vida de la clase obrera en el periodo prerrevolucionario», *Islas*, no. 69, 1981; J. Cernicharo, «El movimiento obrero santiaguero: base demográfica y proyecciones políticas», *Santiago*, no. 68, 1988, y en distintas secciones de los libros de J. Dumoulin, *Azúcar y lucha de clases*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, y O. Cabrera, *Los que viven por sus manos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
24. A. Regalado, *Las luchas campesinas en Cuba*, Ed. Política, La Habana, 1979; G. Chailloux, «El movimiento campesino 1950-1975»; P. Rodríguez Frago, «Análisis de dos tipos sociopolíticos de organización agraria en Cuba prerrevolucionaria», y L. Oquendo, «Estudio de las transformaciones operadas en el campesinado entre 1898 y 1918», todos en la serie *Clases y lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; V. Akulai y P. Rodríguez Frago, «La situación socioeconómica del campesinado en vísperas del triunfo de la Revolución», *Islas*, no. 54, 1976; M. E. Beltrán Ravelo, *Los campesinos en la política del Partido Socialista Popular y el Movimiento 26 de Julio* (tesis doctoral inédita), y N. Pérez Rojas, *Historia del poblamiento de una comunidad rural cubana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
25. L. González Carvajal, *El ala izquierda estudiantil y su época*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976; N. Pérez Rojas, *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, y J. Lupiáñez, *El movimiento estudiantil en Santiago de Cuba 1952-1953*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
26. Además de los trabajos ya apuntados de Deschamps, para la problemática social del negro en el periodo colonial pueden verse: R. Duharte, *El negro en la sociedad colonial*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1988, y R. Sarracino, *Los que volvieron a África*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988. En la república: T. Fernández Robaina, *El negro en Cuba 1902-1958*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, así como P. Serviat, *El problema negro y su solución definitiva*, Ed. Política, La Habana, 1986, han abordado tanto aspectos de la condición social del negro como de su lucha contra la discriminación. Entre los diversos estudios de corte etnohistórico deben citarse R. López Valdés, *Componentes africanos del etnos cubano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, así como *El carabalí*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, de E. Sosa, y *Los ararás en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, de G. Abreu.
27. Un excelente ejemplo del tipo de estudios predominante lo es N. Sarabia, *Ana Betancourt*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1970. Sobre la condición femenina y el feminismo las contribuciones de mayor alcance se deben a V. Stolcke, *Racismo y sexualidad en Cuba colonial*, Alianza, Madrid, 1992, y L. Stoner, *From the house to the streets*, Duke University Press, Durham, 1991. Figuran entre los trabajos de cubanos: R. González, *Contradanzas y latigazos*, La Habana, 1982; R. Álvarez, *La «reeducación» de la mujer cubana en la colonia*, Ed. de Ciencias Sociales, 1976, y E. Pavón «El empleo femenino en Cuba», *Santiago*, no. 20, 1975.
28. J. Ibarra, *Un análisis psicosocial del cubano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
29. E. Chávez, *El crimen de la niña Cecilia: la brujería en Cuba como fenómeno social 1902-1925*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; L. Aruca, *La «milagrosa» del Cementerio de Colón*, Letras Cubanas, La Habana, 1993; E. Sosa, *Los ñáñigos*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, y J. Fuentes y G. Gómez, *Cultos afrocaribios*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.
30. Por su amplia perspectiva, resulta interesante el acercamiento de Eduardo Torres-Cuevas al fenómeno del impacto social de la ideología católica en su *Obispo Espada. Ilustración, reforma y antiesclavismo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
31. N. Pérez Rodríguez, *El carnaval santiaguero*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1988; E. Chávez, «La quema del muñeco de San Juan», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 3, 1984, y V. Feliú, *Algunas fiestas populares tradicionales: carnavales, parrandas y charangas*, (tesis doctoral inédita), La Habana, 1987.
32. R. González, *Llorar es un placer*, Letras Cubanas, La Habana, 1988.
33. A. García Álvarez, *Algunos aspectos de la vida sociocultural cubana en las tres primeras décadas del siglo XX*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; J. Guanche, *Antecedentes hispánicos de la cultura cubana*, Ministerio de Cultura, La Habana, 1985, y *El componente hispánico en la formación de la nación cubana*, (tesis doctoral inédita), así como A. Cairo, *El grupo minorista y su tiempo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
34. J. L. Franco, *Los palenques de negros cimarrones*, Departamento de Orientación Revolucionaria, La Habana, 1973; *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los cabreros*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; «Rebeliones cimarronas. y esclavos en territorios españoles», en R. Price (comp.), *Sociedades cimarronas*, Siglo XXI, México, 1981; más un utilísimo catálogo de las fuentes sobre el tema existentes en el Archivo Nacional.
35. Existen numerosos estudios de estos fenómenos en localidades o regiones específicas, entre los que cabe mencionar los de R. Vázquez, *Trinamar, historia de un rincón azucarero*, La Habana, 1972; S. Vento, *Las rebeliones esclavas en Matanzas*, Matanzas, 1976; J. Sánchez Guerra y N. Guilarte, «Los palenques de Guantánamo en el siglo XIX», *Managuí* (Guantánamo), no. 2, 1986; Z. Danger, *Los cimarrones de El Frijol*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1977; R. Duharte, *La rebelión esclava en la región oriental de Cuba*, Santiago de Cuba, 1986. Los trabajos más recientes y completos sobre este tema se deben a Gabino la Rosa, particularmente, *Los cimarrones de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, y *Los palenques del oriente de Cuba; resistencia y acoso*, Ed. Academia, La Habana, 1991.
36. Julio Carreras, «El bandolerismo en Las Villas (1831-1853)», *Islas*, no. 52/53, 1976, y «Los bandoleros de la Tregua en Santa Clara», *Islas*, no. 60, 1978. Por ser más abarcadores, deben mencionarse los aportes de historiadores extranjeros: M. Poumier, *Contribución al estudio del bandolerismo social en Cuba, la historia y el mito de Manuel García «Rey de los campos de Cuba». 1851-1895*, París, 1986; Louis Pérez Jr., *Lords of the Mountains, social banditry and peasant protest in Cuba*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989; y R. Schwartz, *Lawless liberators: Political Banditry and Cuban Independence*, Duke University Press, Durham, 1989.
37. Un tema conexo, la actividad de la mafia en Cuba durante los años 40 y los 50 ha originado la publicación de *El imperio de La Habana*, de E. Cirules, Casa de las Américas, La Habana, 1993.
38. Hay, en cambio, excelentes muestras de su empleo, por profesionales de esferas afines, como son los casos de Miguel Barnet -Cimarrón, Gallego, *La vida real*, entre otros títulos que han sido objeto de múltiples ediciones- y Enrique Cirules, *Conversación con el último norteamericano*, Arte y Literatura, La Habana, 1973.